

Carta cuarta

Imagen y persuasión en el epicureísmo

Caro Tito:

Ante la necesidad de tener certezas que favorezcan el desarrollo de mi tesis doctoral –me queda poco menos de dos años de la beca que me ha otorgado el CONICET–, un amigo en común me sugirió que recurriera a la fuente. Para ser franco, Antonio de La Paternal,¹ maestro mío y discípulo tuyo, no solo me sugirió que te escribiera, sino que fue el primero en recomendarme que leyera e investigara tu poema. Eso aconteció allá por 2015, cuando llevé a cabo mi tesina de licenciatura en filosofía. Debo decir que, por aquellos días, la propuesta me tomó por sorpresa, ya que tras 2100 horas presenciales de cursada, no recordaba que algún profesor hubiese trabajado al menos un desarrollo filosófico de tu poema. De hecho, las pocas veces que tuve la suerte de leer algún verso tuyo no fue precisamente en una clase de filosofía. Antes bien, esos afortunados hechos tuvieron lugar en las clases que, entre los años 2007 y 2008, Antonio dedicara con devoción a la enseñanza de tu adorada *lingua patria*.

Dados los numerosos factores que desde siempre han alejado tu obra de la humanidad, en la actualidad no me extraña en absoluto que por aquellos días, estando a un paso de terminar el grado en filosofía, no supiera nada de vos ni de tu obra. Lo lamentable es que hoy, con varios años de investigación encima, he llegado a la conclusión de que al menos una parte de esos factores provienen de quienes tienen autoridad para hablar en tu nombre. Sí, Tito, muchos de los

1 Creemos que el remitente de esta carta se está refiriendo a uno de los más grandes –sino al más grande– de los latinistas y pedagogos que tuvo la Argentina: el generoso y humilde Dr. Antonio Tursi. Él, junto con su inseparable amigo, el Dr. Luis Ángel Castello, supieron enseñar el latín apelando al método inductivo, desarrollado por el maestro de ambos: el Dr. Mascialino.

especialistas en tu poema son los que más han contribuido a minimizar, casi hasta su anulación, la originalidad de tu labor poético-filosófica.

Si bien es cierto que tu simétrico hexámetro dactílico, el carácter heroico de tu encomiado Epicuro y el léxico predominante, entre otros tantos rasgos, responden al medio empleado por un Empédocles varios siglos atrás, pocos reparan en las razones que te condujeron a cambiar el vehículo del conocimiento empleado por la tradición epicúrea. Solo reparar en esta posibilidad, a la que, como bien sabés, podemos sumar otras más, vuelve injusto el hecho de que, como poeta, tu figura intelectual se vea reducida a la del habilidoso imitador de la poesía épica y didáctica griega.

Si bien es cierto que te autoproclamás fiel seguidor de Epicuro y jurás reproducir al pie de la letra su doctrina física, pocos se detienen a indagar en cuántos de los desarrollos epicúreos que conocemos, solo a partir de tu obra, no derivan acaso de una inducción de sus principios. Desde que he comenzado a leerme me pregunto cuántos de tus desarrollos nos permiten ampliar al día de hoy lo dicho por tus antepasados y contemporáneos en las esferas que orbitan, sinérgicamente, alrededor del núcleo de su filosofía, es decir, su física.

A mi juicio, venerado Tito, tu poema es más que una masa de versos con la que es posible rellenar los baches de los deteriorados manuscritos que de tu tradición filosófica se conservan. Y en esto está de acuerdo también nuestro Antonio de La Paternal, con quien en más de una oportunidad hemos debatido sobre los aportes de tu obra, sobre la maleabilidad de una doctrina enseñada y ejercida en un contexto diferente al de aquel jardín que, situado en Atenas, reunía a quienes al día de hoy podemos considerar como cofundadores del epicureísmo: Hérmaco, Metrodoro y Polieno. Cada vez que hablamos de ello en algún pasillo de la universidad, nos preguntamos si cabe la posibilidad de considerar que los brillantes desarrollos de la cosmología epicúrea no terminen por opacar los potenciales aportes que el poema lucreciano brinda en otros ámbitos de la filosofía epicúrea. La gran mayoría de tus lectores actuales, Tito, llega a tu obra sabiendo del influjo de la cosmología epicúrea en la gestación del renacimiento. La gran mayoría llega a tu obra poniendo en valor el vuelo especulativo de todos ustedes, sobre todo, en sus planteos atomistas. Sumando esto a lo que te comentaba previamente, tu lector actual –especializado o no– se pierde de contemplar, en toda su extensión, la originalidad de tus aportes al pensamiento epicúreo.

Tal hecho es lo que al día de hoy me mueve a trabajar a fondo en tu obra. Y, como dije al inicio, la búsqueda de certezas en pos de esta causa es la que, a su vez, me ha movido a dirigirte esta epístola. Para ser más preciso, mi búsqueda apunta a determinar si tu poema presenta indicios que nos permitan ampliar lo que sabemos de la doctrina epicúrea en esferas aparentemente distantes –y no por ello desarticuladas– de la cosmología que pregonan. Particularmente, me interesan tus aportes a la retórica epicúrea, disciplina sobre la que siquiera hacés una mención explícita. Ya me corregirás si me equivoco, pero, a mi modo de ver, tu obra presenta elementos suficientes como para recrear una consideración de la que

no se perciben rastros en los tratados de retórica epicúrea conservada: la aptitud persuasiva que vos y los tuyos le adjudican a las imágenes mentales creadas, vehiculizadas y proyectadas por la palabra de quienes resultan ser los principales adversarios de tu escuela, es decir, todos aquellos que encarnan y fomentan lo que en tu querida lengua denominás *religio* y/o *superstitio*. Se trata de una consideración que guarda una llamativa compatibilidad con la concepción que los tratados de retórica de tu vecino, el epicúreo Filodemo de Gádara, esbozan en torno al acto de persuasión y la pluralidad de medios y modos para conseguirla

A pesar de que en ninguno de tus versos aludís a la disciplina en cuestión, desde fines de la década del ochenta hay quienes, indagando en tus estrategias compositivas y en diversas reflexiones, han sabido hallar importantes correlatos con lo que al día de hoy se concibe como la retórica epicúrea. De aquí que los nexos establecidos giren en torno a lo que se supone es su máxima aspiración: la búsqueda de la *claritas* / *σφρήνεια* (claridad), cualidad esencial de todo discurso que se preste a ser el vehículo de la enseñanza epicúrea. A mi juicio, si algo ha alentado a indagar y, en definitiva, a establecer estos nexos es tu manifiesto interés por las aptitudes persuasivas de tu propio discurso, el que, desde el punto de vista retórico, pretende emular al de tu maestro.

En línea con este hecho, lo que me mueve a contemplar la posibilidad de que tu poema me brinde los elementos suficientes como para recrear una consideración ampliatoria de la retórica epicúrea es el marcado interés que depositás en las aptitudes persuasivas de aquellos discursos constituidos esencialmente por determinado tipo de constructos imaginarios. Tal vez, la muestra más cabal de la manifestación explícita de este interés –y quizás la muestra explícita más cabal de todos los testimonios epicúreos conservados– la he encontrado al inicio de la segunda centena de versos del primero de los seis libros que componen tu poema. Me refiero a la declaración que esgrimís en forma de una alarmante advertencia, aquella que dirigís a tu queridísimo Memmio. Te la recuerdo para evitarte la molestia de andar desenrollando papiros: “Tú mismo, en cualquier momento, vencido por las terribles palabras de los vates, buscarás desertar de nosotros. ¡Puesto que, ciertamente, pueden moldear para tí muchas fantasías, las que mediante el temor pueden revertir los criterios de vida y turbar todas tus dichas!” (Lucr. DRN I. 102-106).²

2 La edición del *De rerum natura* (DRN) que probablemente el remitente empleó en esta carta es la de Munro, H. (2009 [1864]). *Titi Lucreti Cari. De Rerum Natura Libri Sex*. Cambridge: Cambridge University Press. Nuestra presunción se basa en dos artículos que Robero Mattos escribió en el mismo período en que redactó la carta: “El potencial persuasivo de los montajes poético-imaginarios: una consideración retórico-lucreciana”, en *Revista de estudios clásicos*, 46, pp. 97-118, Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo; y “La utilitas de la poesía en la retórica epicúrea: fundamentos filosóficos de los beneficios de su sonoridad según Lucrecio”, en *Ágora. Estudios Clásicos em Debate*, 23 (fecha desconocida). En la bibliografía de ambos artículos, el autor hace uso de la mencionada edición del DRN. Estos documentos fueron hallados en un

Habida cuenta de las consonancias que esta advertencia mantiene con la concepción que los tratados de retórica de Filodemo plantean en torno al acto de persuasión y la diversidad de medios y modos para conseguirla, te pregunto: ¿acaso aquí no esgrimís los términos medulares a partir de los cuales es posible recrear la consideración retórico-epicúrea que te acabo de mencionar? Según interpreto, aquí reconocés y advertís que los vates son capaces de mentar aquello que denominás *somnia* (constructos imaginarios/fantasías) de tal modo que generen un temor que les permita persuadir a cualquier destinatario. Y lo hace al punto de manipular su voluntad. Cuando me refiero a “cualquier destinatario”, incluyo también a los que en mayor o menor medida hemos sido influenciados por tu doctrina. Si esto es así, estos *somnia* tendrían el potencial persuasivo para revertir, incluso, todos los efectos benéficos del influjo de tus estrategias pedagógicas, retóricas y psicagógicas. Dicho de otro modo, el accionar de estos *somnia* tendrían el potencial persuasivo para afectar, incluso, a los que ya transitamos la senda de la verdad epicúrea, único camino que tiene como destino la felicidad.

Por la riqueza que este pasaje presenta –te lo digo desde una perspectiva integral de tu obra–, hace tiempo deseo hacerte tantas preguntas. Puesto que no es mi intención abrumarte, en esta ocasión he escogido apenas un puñado de dudas en torno a los fundamentos sobre los que se sustenta el influjo que los *somnia* ejercerían sobre sus destinatarios.

La cuestión de la que nacen estas dudas es si cabe la posibilidad de que buena parte de dichos fundamentos los pueda hallar en los desarrollos de tu versión de la doctrina epicúrea de la imagen, aquella que todos conocemos como la teoría de los *simulacra* (simulacros). Y digo “tu versión” porque tanto en el planteo de la teoría propiamente dicha como en sus alcances he encontrado elementos que no están presentes en la versión que Epicuro enseñó a su querido Heródoto en la célebre carta conservada por Diógenes Laercio.

Si afirmo, ínclito Tito, que en los citados versos esbozás los términos a partir de los cuales es posible concebir la aptitud persuasiva que le adjudicás a las imágenes mentales creadas, vehiculizadas y proyectadas por la palabra de quienes son los principales rivales del epicureísmo, ello se debe a que, a la luz de dicha teoría, los *somnia* son, en sentido estricto, imágenes mentales. Si esto tiene las implicancias que estimo, quería preguntarte si en virtud de su naturaleza y del mecanismo de percepción mental, esas imágenes, independientemente de sus contenidos, poseen en sí mismas buena parte de las aptitudes persuasivas que le atribuí al influjo de los *somnia*.

Para plantearte de modo más preciso mis inquietudes al respecto, voy a tomar un caso que te preocupa: el de los *somnia* configurados para promover el miedo a la muerte. Un inventario de las imágenes que recopilás a lo largo de tu poema permite ver el peso que le atribuí a los *somnia* con los que los vates intentan

archivo situado en las ruinas de una conocida unidad ejecutora del CONICET: el Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas (LICH), Universidad Nacional de San Martín.

persuadir a la humanidad de un terrorífico mundo *post mortem*. Me refiero a la apariencia que la superstición le habría dado al infierno, que vos recreáis señalando, sobre todo, su espeluznante topografía. Su punto de acceso, la puerta del Orco, lo describís como el lugar del que emanarían vapores tóxicos hacia el mundo de los vivos. En buena parte de su superficie predominarían cavernas y llameantes depresiones abismales. Una porción de su geografía estaría atravesada por el fantasmagórico río Aqueronte. Además, la atmósfera de cada uno de estos espacios estaría constantemente atiborrada de tinieblas.

En estos términos, me decís, la superstición diseña e impone el escenario de la vida *post mortem*, en el que tienen lugar los ficticios hechos que terminan de configurar los contenidos de los *somnia* que explotan el temor con fines persuasivos. Cito estos hechos en tus propias palabras:

Y sin duda de las cosas maravillosas, las que revelan que hay en el vasto Aqueronte, todas están en la vida. Ni a la gran roca suspendida en el aire teme, según relatan, el mísero Tántalo, estupefacto por un miedo absurdo [...]. Tampoco a Ticio acostado en el Aqueronte se lanzan los buitres, ni pueden estos ciertamente rapiñar su inmenso pecho perpetuamente (III. 981-994).

En el guion de cada uno de estos montajes imaginarios se aprecia el fin para el que, según vos, fueron configurados: inducir el temor a la muerte. Ambos representan un acontecimiento en común, el que proyectado en la mente humana suscita la sensación psicofisiológica que influye en la voluntad humana: tras la muerte, el hombre debe afrontar castigos eternos. La causa de la pena impuesta a cada personaje es siempre el resultado de su conducta en vida. Así, en la medida en que el montaje imaginario diseñado por los vates determina qué actos son condenables y representa, a su vez, la forma en que son penalizadas, induce el temor que manipula la voluntad humana: lo coacciona de modo que el ser afectado desea emprender un curso de acción que, a la luz de la ética epicúrea, resulta perjudicial para sí mismo y para quienes lo rodean. Al menos eso es lo que interpreto de tus palabras:

... los hombres, mientras son coaccionados por un falso terror, desean escapar y retirarse lejos, incrementan su patrimonio con la sangre de los ciudadanos y ávidos duplican sus riquezas acumulando masacre sobre masacre, crueles gozan en el triste funeral del hermano y odian y temen los banquetes de sus consanguíneos. Por la misma razón, por el mismo temor, a menudo los atormenta la envidia [...] con el pecho afligido, se matan olvidándose de que la fuente de sus preocupaciones es este temor: este que veja el pudor, rompe los vínculos de amistad y, en suma, persuade a subvertir la piedad. Pues, a menudo, los hombres han

traicionado a su patria y a sus queridos padres para evitar los templos del Aqueronte (III. 68-86).

Esbozado a grandes rasgos uno de los casos concretos en los que, según tu visión, es posible apreciar en todo su esplendor los efectos del influjo de los *somnia* de tus contrincantes, ahora sí me parece pertinente profundizar en los términos en los que interpreto que, conforme a su naturaleza y al mecanismo por el que tiene lugar la imaginación, las imágenes mentales proyectadas por un tercero, independientemente de sus contenidos, poseen en sí mismas buena parte de las aptitudes persuasivas que le atribuí a este tipo de *somnia*. Mi interpretación –sabrás corregirme si me equivoco– se basa en una consideración que atraviesa múltiples esferas de la doctrina epicúrea: tanto la posibilidad de que el hombre goce de voluntad como la efectivización del acto voluntario de imaginar dependen del constante, veloz e inagotable devenir de una multitud de imágenes corpóreas, las cuales, gozando de una existencia autónoma respecto de quien las imagina, entran en contacto material con su mente. A mi juicio, una y otra dependencia surgen de tu pretensión de plantear el proceso de percepción de imágenes mentales –el acto de imaginar– en términos análogos al visual. Para ser claro en lo que quiero decirte, es imprescindible que revisemos juntos algunos aspectos básicos no solo en torno al proceso de percepción de imágenes visuales, sino también al modo en que vos y los tuyos conciben su generación.

En principio, tanto vos como Epicuro aseveran que todas las imágenes están compuestas de unas partículas materiales que, a causa de su extraordinaria pequeñez, no pueden percibirse en su individualidad: los *simulacra*. Recurriendo al imaginario biológico, describís estos *simulacra* como membranas o cortezas que son eyectadas o emitidas, ordenada y simultáneamente, a modo de capas sucesivas que conservan la forma, la apariencia y la materia de la superficie del cuerpo emisor. Tales capas de *simulacra* son las que hacen visibles los objetos percibidos.

En consonancia con este planteo, comprendiendo la mecánica básica de la visión en términos de experiencia háptica, establecés que el ojo solo puede ser estimulado a causa de un contacto material con aquellos *simulacra* que, emanados desde una multitud de cuerpos circundantes, continuamente se abalanzan sobre el receptor transmitiendo el acontecer de la naturaleza en su literalidad. A la luz de este hecho, creo entender con claridad cuál es el rol que le atribuí a cada una de las partes: mientras a la imagen le asignás un rol activo, al receptor le das un rol pasivo. En este marco, la única operación que llevan a cabo los ojos es distinguir una o múltiples imágenes del conjunto. Es, por cierto, un acto que implica mantener el contacto material con unas y perderlo con las restantes.

Planteados como mecanismos análogos, la percepción mental de imágenes también la concebís en términos de experiencia háptica: la mente es activada por un contacto material con los simulacra que, poseyendo la misma naturaleza material que los visuales, difieren en tamaño, textura y velocidad. Teniendo la mente su sede, según la teoría anatómica con la que congeniás, en el interior del pecho

del cuerpo humano, proponés que los *simulacra* que logren ponerse en contacto con aquella deben ser capaces de penetrar los poros del cuerpo en el que se encuentra envasada.

Si tenemos en cuenta que la mente posee una aptitud de la que carecen los ojos, a saber, la de percibir voluntariamente imágenes de objetos reales ausentes, de situaciones que no acaecen en el presente del receptor, tu pretensión de justificar el funcionamiento análogo de ambos mecanismos atraviesa una seria dificultad. Consciente de ello, la solución que proponés, interpreto, parte del supuesto de que existe un depósito inagotable de imágenes mentales que se genera y acrecienta a partir de la experiencia visual previa. Bajo estos lineamientos, pretendés salvar la similitud entre ambos procesos estableciendo que la mente es constantemente estimulada por el conjunto total de imágenes almacenadas. Si la mente permanece activa, incluso, durante el sueño, es porque todas las imágenes juntas se presentan e impactan al mismo tiempo y sin cesar, suceso concebible conforme a su tamaño, abundancia y movilidad. En tanto que la percepción voluntaria de imágenes es concebida, igual que en el mecanismo de percepción visual, como un acto de distinción, vos afirmás que la mente es activada indefinida y simultáneamente por todas las imágenes percibidas en el pasado por los ojos. De aquí que, en el intervalo de tiempo que lo disponga, la mente es capaz de distinguir solo aquellas imágenes con las que desea mantener el contacto material, acto que implica perderlo con las restantes.

Si esto es como lo interpreto, querido Tito, ¿acaso en la actividad y en la pasividad que respectivamente le adjudicás a la imagen mental y a su destinatario, no es posible apreciar buena parte de la aptitud persuasiva que le atribuí a las fantasías de los vates? Más aún si a esto, como acabamos de ver, sumamos el acoso constante que la mente sufre ante el interminable advenimiento de imágenes. A la luz de estos hechos, ¿qué posibilidades tiene el destinatario de defenderse de la fantasía que un representante de la superstición proyecte sobre cualquier ser humano? Si establecés que la mente es la parte del cuerpo que, entre diversas aptitudes, encarna y ejecuta la voluntad humana, ¿acaso de lo dicho no se desprende la idea de que la consumación del acto voluntario de imaginar depende del influjo de las imágenes mentales?

No resultaría extraño que así lo sea, ya que para vos incluso las acciones voluntarias más elementales, como la locomoción del cuerpo humano, dependen del influjo de las imágenes. En el Libro IV de tu poema, afirmás que para que un hombre pueda mover un miembro a voluntad debe, desde un primer momento, entrar en contacto material, a través de la mente, con la imagen de dicho movimiento. Al hacerlo tiene lugar una cadena de estímulos que comienza en el instante en que la imagen pulsa a la mente. Luego, esta, excitada, procede a estimular el alma –fluido distribuido a lo largo de todo el cuerpo–, la cual, subordinada a la orden de la primera, estimula al cuerpo para que se efectivice el movimiento premeditado.

Así como las imágenes habilitan la posibilidad de que el hombre goce de voluntad y de que la mente pueda efectivizar las operaciones voluntarias más

primitivas, en virtud de los mecanismos antes indicados y de la provocación de ciertas sensaciones psicofisiológicas, según tu doctrina de los simulacros, algunas imágenes tienen la capacidad de incitar acciones que repercuten en las actividades cotidianas de quien se expone a ellas.

Antes de manifestar mi interpretación, debo decirte que en este punto de tus desarrollos creo haber encontrado el último aspecto relevante de los fundamentos sobre los que se asentaría la aptitud persuasiva que vos y los tuyos le adjudican a los *somnia* creados, vehiculizados y proyectados por la palabra de los principales adversarios de tu escuela. El caso más emblemático del tipo de imágenes que tienen la capacidad de incitar acciones que repercuten en las actividades cotidianas de sus receptores lo he encontrado también en el Libro IV. Me refiero a la instancia en la que fundamentás el origen, el sostenimiento de la pasión amorosa y sus negativas consecuencias extendiendo tus desarrollos de la doctrina de los *simulacra*. Y lo hacés apelando al influjo que sobre un receptor tiene la imagen del cuerpo humano que bien puede ser considerado bello y deseable. Según tu visión, la imagen –la capa de *simulacra* eyectada– hereda del cuerpo una fuerza capaz de suscitar el apetito sexual, el cual es concebido como una serie de estímulos fisiológicos que derivan de su percepción. Esta serie comienza con la moción del fluido seminal de aquellos que han alcanzado la edad para producirlo. Luego, el semen, el que se encuentra diseminado entre los distintos miembros y órganos, fluye hacia el genital, se concentra en este y lo hincha. Según vos, este apetito generado a través de la imagen es el que incita al hombre a llevar a cabo un curso de acción que desemboca en un proceso circular, proceso en el que se funda tu polémica concepción del amor.

La primera acción, de la que son subsidiarias las restantes, es la que se produce como respuesta inmediata y necesaria a la excitación sexual: eyacular el semen en el cuerpo proyectante. De este acto derivan los dos hechos en los que se basa la circularidad del proceso: su consumación, por un lado, suscita placer y, por el otro, sacia el apetito por un breve período de tiempo. A causa del primero, aunque el ser amado esté ausente, opera en el enamorado la propensión de la mente a revivir constantemente toda experiencia placentera. Por ello, el enamorado limita su actividad diaria a imaginar al ser amado, acontecimiento que reabre el apetito. Cuando esto sucede, el enamorado realiza toda una serie de acciones para volver a satisfacer al ser amado y obtener con ello su dosis de placer. En consecuencia, su curso de acción desemboca en el constante e interminable cortejo del ser amado, algo que, según tus propias palabras, no resulta nada auspicioso:

Los enamorados consumen sus fuerzas y sucumben a la fatiga; añade que transcurren la vida al antojo de otro. Entretanto, su patrimonio se disipa transformándose en cobertores babilónicos, los deberes se descuidan y la vacilante reputación sufre merma. Los ungüentos y el hermoso calzado de Sición resplandecen en sus pies, por supuesto también grandes esmeraldas con verdes reflejos se engarzan en el oro, su vestido

de color marino se desgasta con el uso continuo, y agotado bebe el sudor de Venus. La herencia honrosamente adquirida por los padres se convierte en cintas y mitras para la cabeza, a veces se transforma en mantos de mujer y en tejidos de Alinda y Ceos. Se preparan festines con eximios manteles y viandas; juegos, copeo abundante, perfumes, coronas y guirnaldas, pero en vano, porque en medio de la fuente del deleite surge una cierta amargura que angustia entre las mismas flores, o porque acaso a su mente le remuerde llevar una vida en la desidia y perderse en orgías, o porque su amada, habiendo proferido una palabra, la deja en la ambigüedad, la cual, clavándose en su corazón ansioso, se aviva como el fuego, o porque piensa que agita demasiado la mirada, o que contempla a otro y descubre en su rostro la señal de la sonrisa (IV. 1121-1140).

Tales son los términos, maestro, en los que tanto Antonio de La Paternal como yo entendemos que se basa buena parte de la aptitud persuasiva que le atribuí a los *somnia* de los que se nutre la superstición. A la luz de lo que antes te expuse, creemos que, independientemente de su diseño, en virtud de su naturaleza y del mecanismo por el que tiene lugar su percepción, las imágenes mentales tienen en sí mismas buena parte del potencial persuasivo.

Si esto es como lo interpreto, eximio poeta, claramente el vuelo especulativo de tu poema, ese vuelo que todos admiran por su relativa vigencia, no debería limitarse solo a tus desarrollos cosmológicos. Y es que acaso la naturaleza atómico-material de la imagen que propusiste hace tanto tiempo en tu doctrina de los simulacros no encuentra hoy cierto correlato con los lumínicos píxeles emitidos por una pantalla. ¿Cuántos han advertido ya su correlato con la fotografía, con la tecnología de los primeros proyectores de cine? *Grosso modo*, ¿la actividad y la pasividad que respectivamente le atribuí a la imagen y a su destinatario no ha llegado a su máxima expresión en el presente? Tito, creo que hoy en día somos más vulnerables que en tu tiempo. Las imágenes que nos acosan a cada segundo, las imágenes de todas las pantallas que nos rodean, están diseñadas pura y exclusivamente para convencernos de algo: consume esto, cree en aquello, admira a este, odia a aquel... Todos aquellos que ocupan un espacio de poder –corporaciones, medios de comunicación, redes sociales, etc.– ejercen su influencia a través de topo tipo de montajes visuales –propagandas, películas, memes, *fake news*, etc.–, los cuales generan una diversidad de impactos de los que difícilmente nos podemos defender. Y no lo digo desde una perspectiva conspiranoica, sino en virtud de la vigencia de tus propuestas, las cuales, a mi juicio, permiten comprender en un sentido más amplio la retórica epicúrea y, por qué no, la esencia del dispositivo retórico más importante de este tiempo: el marketing, dispositivo al que quizás me dedique –lo digo en sentido amplio– cuando termine el doctorado. Hace años que me cautiva la capacidad que la imagen tiene para convencer, para influir en la voluntad humana más allá de sus contenidos y sus medios de reproducción. La vigencia de tus brillantes versos, querido Tito, sobre todo la vigencia

Cartas a Lucrecio

de los desarrollos que la mayoría desconoce, es la que hoy en día tanto a mí como a mi MAESTRO nos maravillan.

En un año que no dista en demasía de la écfrasis con que cerrarás tu poema, esperando consejos que nutran mi investigación doctoral, a destiempo te saludo en mi nombre y en el del eterno Antonio de La Paternal.

Roberto Mattos